


El experimento prohibido

La historia del Pequeño Salvaje de Aveyron

ROGER SHATTUCK

Traducción de Javier Calvo

gatopardo ediciones 

Título original: *The Forbidden Experiment*

Derechos de traducción cedidos por Sandra Bruna Agencia Literaria, S. L.
All rights reserved

© de la traducción: Javier Calvo, 2026

© de esta edición: Gatopardo ediciones, S. L., 2026

Rambla de Catalunya, 131, 1.º - 1.ª

08008 Barcelona (España)

info@gatopardoediciones.es

www.gatopardoediciones.es

Primera edición: marzo de 2026

Diseño de la colección y de la cubierta: Rosa Lladó

Imagen de cubierta: *El abate Sicard instruye a los sordomudos (1812)*,
autor desconocido

ISBN: 979-13-991406-5-1

Depósito legal: B 2656-2026

Impresión: Estilo Estugraf Impresores, S. L.

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, dentro de los límites establecidos por la ley,
la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea
electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de
cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)

si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Para Eileen, Patricia, Marc, Tari

¿Qué es un hombre
si el bien y el beneficio de su vida
solo es dormir y comer?
Una simple bestia.

SHAKESPEARE, *Hamlet*, IV, 4

PRÓLOGO

Esta es una historia real, en la medida en que tal cosa es posible. Trata de una vida extraordinaria que no fue ni buena ni mala ni convencionalmente heroica. El Pequeño Salvaje de Aveyron sobrevivió en los márgenes de la humanidad y en un estado cercano a la ingravidez moral. No necesitamos juzgarlo; nos bastará con narrar un caso tan fuera de lo ordinario. Su atractivo nace de la incertidumbre y la esperanza que depositamos en los acontecimientos en sí en combinación infrecuente con la forma en que dichos acontecimientos parecen afectar a nuestras vidas.

La historia incluye a dos personas más: un joven médico que se convirtió en personaje central y en principal testigo, y una mujer cuya devoción superó en muchos sentidos a la del médico. Los acontecimientos que él registró iluminan, aunque sin resolverlos, los misterios de la naturaleza y la cultura humanas. La vida del Pequeño Salvaje de Aveyron, que llegó a ser tema de conversación en toda Europa, es al mismo tiempo una historia real y un relato de misterio.

No es de extrañar que los hechos hayan llevado a interpretaciones contradictorias. La psicología, la biología,

la historia, la sociología, la lingüística, la antropología y la filosofía: todas estas áreas del conocimiento y de la investigación tienen algo que aportar a nuestra comprensión del caso. Cuando llegue el momento, me referiré a ellas. Pero por encima de todo este libro ofrece una simple crónica del niño al que se llamó momentáneamente Joseph y después Victor. Durante su vida, la mayoría de la gente lo conoció simplemente como «el Salvaje». Todavía nadie ha descubierto cuál era su apellido, ni de dónde vino originalmente. Sin embargo, sí conocemos los elementos esenciales que forman el corazón de la historia. Y creo que vale la pena contarla entera.

EL EXPERIMENTO PROHIBIDO

La salida del bosque

Antes del alba del 9 de enero de 1800, una criatura extraordinaria emergió del bosque de Saint-Sernin, en el sur de Francia. Nadie lo esperaba. Tampoco nadie lo reconoció. Tenía forma corporal humana y caminaba erguido. Todo lo demás sugería un animal. Iba desnudo, salvo por los jirones de una camisa, y no mostraba ningún pudor ni tampoco conciencia de sí mismo como persona humana emparentada con quienes lo habían capturado. No podía hablar y solo emitía unas exclamaciones extrañas y sin sentido. Aunque de muy baja estatura, parecía ser un chico de unos once o doce años, con la cara redonda y el cabello negro y apelmazado. Durante la noche se había acercado a la parte baja del pueblo, donde el río Rance formaba un estrecho valle arbolado y discurría por debajo de un puente de piedra. Se había colado en el huerto escalonado de un curtidor y se había puesto a desenterrar verduras. Era allí donde lo había sorprendido el curtidor.

Los escasos testimonios que sobreviven no nos permiten saber con cuánto vigor se resistió a su captura. Seguramente el curtidor no supo qué hacer con aquel extraño cautivo. La noticia se extendió rápidamente por el pueblo y no tardó en llegar al comisionado local, un prominente ciudadano llamado Constans-Saint-Estève. En un informe oficial redactado tres semanas más tarde, el comisionado ofrece un primer testimonio de primera mano. El Pequeño Salvaje parece tener al menos cierta familiaridad con la gente:

El vecindario entero se enteró enseguida y todo el mundo fue a ver al niño. La gente lo tildaba de salvaje. Yo también fui a toda prisa para decidir por mí mismo hasta dónde debía creerme las historias. Me lo encontré sentado al calor de un fuego, que parecía gustarle, aunque de vez en cuando mostraba señales de incomodidad, seguramente debido a la gran multitud que lo rodeaba. Me dediqué a mirarlo un rato sin decir nada. Cuando por fin lo hice, no tardé en descubrir que era mudo. Poco después, al ver que tampoco reaccionaba a las diversas preguntas que le formulé, tanto en voz bien alta como baja, decidí que debía de ser sordo.

Cuando lo cogí afectuosamente de la mano para llevarlo a mi casa, se resistió enérgicamente. Pero una serie de caricias, y en particular dos abrazos que le di, junto con una sonrisa amigable, le hicieron cambiar de opinión, y a partir de aquel momento pareció confiar en mí.

Cuando llegamos a casa, supuse que debía de tener hambre. [...] A fin de averiguar qué quería, hice que mi criada le trajera una bandeja grande de porcelana con carne tanto cruda como cocinada, pan de trigo y de centeno, manzanas, peras, uvas, nueces, castañas, bellotas, patatas, nabos y una naranja. Eligió las patatas con determinación y las tiró al

fuego para asarlas. Luego cogió los demás alimentos uno por uno, los olió y los rechazó. [...] Con la mano derecha sacó las patatas de las brasas encendidas y se las comió casi ardiendo. No hubo forma de persuadirlo para que las dejara enfriarse un poco. Emitió unos ruidos bruscos e inarticulados, aunque no pareció quejarse porque la comida le estuviera quemando. Cuando le entró la sed, examinó la sala. Fijándose en la jarra, me cogió la mano sin darme más indicación y me condujo hasta ella; su forma de pedirme agua fue darle a la jarra unos golpecitos con la mano izquierda. Le trajeron vino, pero lo rechazó y mostró su impaciencia por lo mucho que estaba tardando yo en darle el agua.

Cuando terminó su frugal comida, se puso de pie y salió corriendo por la puerta. A pesar de mis gritos, no paró de correr y me costó bastante alcanzarlo. Cuando lo traje de vuelta, no pareció ni complacido ni contrariado. Aquella desdichada criatura ya había despertado mi interés más profundo.¹

Durante el primer par de horas, el atento comisionado Constans debió de percibir otra cosa que no menciona en su informe. El niño tampoco sabía usar el baño. Se aliviaba donde y cuando le placía, acuclillándose para orinar y defecando de pie. Constans debió de meditar mucho sobre «aquella desdichada criatura» y por fin llegó a una conclusión: «Desde la más tierna infancia, este chico ha vivido en el bosque, y desconoce las necesidades y hábitos sociales».

Desde la más tierna infancia. Constans no tenía forma de saber cómo había vivido el chico durante los últimos seis u ocho años. Sus palabras sugieren que incluso en una aldea remota la conducta de aquella criatura le re-

1. P.-J. Bonnaterre, *Notice historique sur le sauvage de l'Aveyron*, París, 1800.

sultaba completamente extraña. Pero tampoco mencionaba en ninguna parte la posibilidad de que el niño fuera un idiota, pese a que hace doscientos años los idiotas eran el pan de cada día en aquella región. ¿Y cómo se explicaba que llevara una camisa hecha jirones?

Los aldeanos de Saint-Sernin se congregaron para satisfacer su curiosidad natural. Veían a un niño-animal, quizá a un subnormal fugitivo, o incluso a un trasgo, algo subhumano o sobrenatural. En casi todas las aldeas del mundo lo habrían recibido así. Sin embargo, la reacción de Constans fue más allá de la simple curiosidad. El aislamiento de Saint-Sernin y la ausencia de comunicaciones rápidas habrían hecho que le resultara fácil no hacer caso de todo aquel asunto o bien olvidarlo. Al cabo de unos días, lo más seguro era que el chico se hubiera vuelto a escapar al bosque. Pero Constans tenía una buena educación, había leído un poco de ciencia y de filosofía y en 1792 había viajado a París durante unos meses para representar a su distrito en las asambleas republicanas posteriores a la Revolución francesa. Ahora estaba a cargo de la administración local. Tal como muestran sus cartas, Constans sentía que estaba lidiando con un espécimen poco habitual, un caso que tenía la responsabilidad de registrar y notificar a las autoridades superiores.

Un par de días después, la policía local transportó al niño todavía desnudo hasta un orfanato, u hospicio, situado a cuarenta kilómetros, en la población de Saint-Affrique. Allí vivió casi un mes antes de seguir su viaje a la civilización. Es sorprendente que sobreviviera, porque en aquel momento los centros para niños abandonados sufrían una masificación atroz, estaban asolados por las epidemias y tan desprovistos de fondos que solo podían ofrecer una comida diaria y no disponían de ataúdes.

El padre Bonnaterre, sacerdote y naturalista

Según un informe, durante el tiempo que el chico pasó recluido en Saint-Affrique sus cuidadores le pusieron nombre: Joseph. Habría resultado conveniente y también un reconocimiento de su estatus humano, pero el nombre nunca se llegó a registrar ni a usarse de forma oficial. El chico debió de sufrir una fase de depresión o de enfermedad en Saint-Affrique, porque los informes reflejan que no emitió sonido alguno en dos semanas. También aportan otros detalles:

Acostumbrado a todas las penurias del invierno en la intemperie a gran altitud, el chico no soportaba ninguna clase de ropa. En cuanto lo vestían, se la quitaba, y si no podía se la arrancaba [...]. A su llegada al centro, mostró una gran aversión al hecho de dormir en una cama. Sin embargo, se fue acostumbrando gradualmente, y más adelante mostraba placer cada vez que le cambiaban las sábanas.

Seguía olisqueando la comida con recelo y sin aceptar casi nada más que patatas. Tras probar un bocado de pan blanco, lo escupió de inmediato. En dos ocasiones se escapó y volvió a ser capturado con gran dificultad. El director del orfanato y otro testigo afirman que en una ocasión vieron al chico ponerse a cuatro patas cuando estaban a punto de cazarlo. Pero el informe no es de fiar. Lo habitual era que corriera como un chico normal —«à toutes jambes»—, tan deprisa como se lo permitían las piernas.

No tenemos más información sobre los cambios profundos que debió de vivir allí. Entretanto, estaban produciéndose novedades importantes que lo afectarían, tanto a nivel local como en París. El comisionado Constans-

Saint-Estève, el primero en hacerse cargo del chico en Saint-Sernin, lo había mandado al orfanato con una carta que afirmaba que probablemente fuera sordomudo. Demostrando que conocía bien París, escribió que «el Gobierno decidirá sin duda que hay que confiarle este muchacho al célebre y respetado Sicard». El ambicioso y talentoso sacerdote Sicard se había labrado una reputación internacional a base de enseñar a niños sordomudos el lenguaje de signos y la escritura, y también como director del Instituto para Sordomudos de París. Constans estaba en lo cierto; el abate Sicard iba a tener un papel importante en esta historia.

El director del orfanato de Saint-Affrique, un tal Rainaldis Nougairoles, entendió de inmediato el interés potencial que tenía el caso tanto para los hombres instruidos como para los ciudadanos ordinarios. Al día siguiente se sentó y redactó una carta en la que añadía más detalles de la historia y las costumbres del niño. Nougairoles afirmaba que no era sordo, y en dos ocasiones lo denominaba «fenómeno» y aseguraba que el Gobierno debería hacerse cargo de él. Mandó la carta de Constans y la suya al *Journal des débats* de París, donde se publicaron ambas, catorce días después. (Véase Apéndice I.) De esa forma la noticia viajó con celeridad asombrosa a París y de allí a otras ciudades.

La comunidad académica local prestó una atención inmediata. Y, como es natural, reapareció en la prensa todo el antiguo corpus mitológico sobre los hombres salvajes:

Por toda la República circularon historias sobre el chico. Como de costumbre, se les añadieron los detalles más extraordinarios. Había quienes decían que era peludo como un oso; otros, que nadaba y se zambullía bajo el agua como un pato; otros, que podía saltar de árbol en árbol como una ardilla, etcétera.

Muchos periódicos cubrieron la historia. Todo París hablaba del Salvaje de Aveyron. Sin embargo, la administración central del distrito todavía no había recibido ningún informe oficial sobre el tema.

El autor de estas palabras era Pierre-Joseph Bonnaterre, un sacerdote y naturalista que vivía en Rodez, la capital del distrito de Aveyron, a ochenta kilómetros al norte de Saint-Affrique. Había pasado los años previos a la Revolución de París estudiando zoología y contribuyendo con sus artículos sobre el tema a una enciclopedia. En tanto que miembro de la Iglesia, había tenido que huir del Terror de París a su Aveyron natal. Tras restaurarse la paz, su competencia y su reputación le granjearon un cargo en la nueva Escuela Central que había abierto el nuevo gobierno revolucionario en Rodez.

Dos semanas después de la captura del chico, Bonnaterre fue en persona a ver al Comisionado Central de Aveyron, en Rodez, y le ofreció ir a Saint-Affrique para obtener información de primera mano sobre el caso. El comisionado se interesó personalmente por la historia y fue incluso más lejos. Ordenó que llevaran al chico a Rodez y se lo confiaran a Bonnaterre. Unos diez días más tarde, el 4 de febrero, el chico llegó, «rodeado de una multitud enorme que lo exasperaba tanto que mordía a todo aquel que se le acercaba».

Bonnaterre no fue el único que respondió a las noticias sobre el «Salvaje de Aveyron». Seguramente, cuando Sicard, director del Instituto para Sordomudos de París, leyó las dos cartas publicadas a finales de enero de 1800 en el *Journal des débats*, o bien oyó hablar de ellas, vio una nueva oportunidad para aplicar sus talentos. En el pasado le habían llevado a varios chicos a los que se consideraba

retrasados o idiotas y él había demostrado que se trataba de sordomudos, capaces de aprender a entender y hablar por medio del lenguaje de signos. La educación pública de los sordos era su misión. Un mes antes, Sicard había contribuido a fundar una asociación científica llamada la Asociación de observadores del hombre (*Société des observateurs de l'homme*, en francés). En cuanto oyó hablar del Pequeño Salvaje de Aveyron, se puso manos a la obra. En primer lugar, hizo que el director de la recién fundada Asociación escribiera a Saint-Affrique solicitando la custodia del niño con propósitos científicos. Asimismo, consiguió despertar el interés del nuevo ministro de Interior, el hermano de Napoleón. Lucien Bonaparte firmó una escueta carta dirigida al comisionado de Rodez: «Quiero al chico aquí y lo conmino a usted a que lo mande sin dilación».

Podría haber sido una situación delicada. Justo después de que el chico llegara a Rodez y fuera entregado a Bonnaterre, el comisionado soportó una presión enorme para mandar al chico a las autoridades superiores de París. Su respuesta al ministro fue sensata y quizá un poco interesada. Midiendo las palabras y respetando plenamente los protocolos, solicitó permiso para quedarse al chico hasta que lo hubieran visto una serie de padres que buscaban a sus hijos perdidos. También manifestó dudas acerca de la autenticidad del caso, lo que implicaba que el asunto podía ser alguna clase de engaño al que por el momento las autoridades no deberían dar demasiado crédito. «Parece evidente —informaba el comisionado— que no es un verdadero salvaje.» Aunque ¿cómo podía saberlo? Sicard y el ministro de Interior aceptaron esperar. El chico se pasó cinco meses y medio en la Escuela Central de Rodez, bajo los cuidados de Bonnaterre.

Sí que aparecieron unos cuantos padres nerviosos, pero ninguno reconoció ni reclamó al chico. Entretanto, Bonnaterre se dedicaba a observar y a tomar notas con las que pronto podría escribir su crónica. Su descripción es meticulosa y en apariencia objetiva.

Por fuera, no se distingue de los demás chicos. Mide metro veinticinco de altura; aparenta unos doce o trece años. Tiene una piel blanca y delicada, la cara redonda, pestañas largas, la nariz alargada y ligeramente puntiaguda, una boca de tamaño medio, barbilla redonda, rasgos por lo general agradables y una sonrisa encantadora.

Más allá del pelo apelmazado y la conducta extravagante, el chico no tenía apariencia de salvaje. Pero Bonnaterre continúa informando de que tenía el cuerpo entero cubierto de cicatrices, lo cual sugiere quizá que habría sufrido malos tratos antes de ser abandonado, o bien que había sobrevivido a grandes penurias en el bosque.

Cuando levanta la cabeza, se le puede ver en el extremo superior de la arteria traqueal, justo al lado de la glotis, una cicatriz de unos cinco centímetros de largo. Parece la herida que dejaría un instrumento afilado. ¿Podría ser que una mano bárbara, tras llevar a aquella criatura al bosque, hubiera vuelto en su contra un arma asesina a fin de hacer que su desaparición fuera más segura y final?

El niño tenía algunos dientes de abajo un poco sueltos y amarillos, pero no sufría ninguna malformación aparente de la boca ni de las cuerdas vocales que explicara su mudéz. Al caminar, la pierna derecha se le curvaba un poco hacia dentro, pero no de forma pronunciada. Bonnaterre

concluyó que «no había defectos básicos en su constitución exterior». Aun así, su conducta era extraña:

Cuando está sentado, e incluso cuando come, hace un ruido gutural, un murmullo bajo; también mece el cuerpo de derecha a izquierda o bien de atrás hacia delante, con la cabeza y el mentón en alto, la boca cerrada y los ojos mirando a la nada. En esa posición a veces sufre espasmos, movimientos compulsivos que podrían indicar que tiene el sistema nervioso afectado.

Tras una serie de exámenes cuidadosos, Bonnaterre declaró que el chico no tenía ningún problema en sus cinco sentidos, aunque el orden de importancia o sensibilidad de estos parecía haberse visto modificado. Se guiaba antes que nada por el olfato, y después por el gusto. Su sentido del tacto ocupaba el último lugar. Su visión era afilada; su oído parecía bloquear muchos sonidos a los que la gente que lo rodeaba prestaba atención. No le interesaba nada más que comer y dormir. Bonnaterre llegó a la melancólica conclusión de que «sus deseos no van más allá de sus necesidades físicas», y que el cariño que el chico desarrollaba hacia la persona que lo cuidaba era egoísta y no reflejaba ningún sentimiento de gratitud.

La persona que realmente cuidaba del chico era una vieja campesina llamada Clair, que trabajaba de jardinera de la escuela. A Clair no se la menciona apenas, pero todo sugiere que durante aquellos cinco meses en Rodez debió de ver al chico más que nadie. Siempre que tenía tiempo, Bonnaterre observaba y ponía a prueba al chico. Clair desempeñaba los papeles simultáneos de carcelera, madre de acogida, criada y tutora; se pasaba prácticamente día y noche con su pupilo. Mientras llevaba a cabo sus

tareas de alimentar al chico, limpiarlo y vestirlo, seguramente debía de hablarle igual que la gente habla con los bebés o con los animales, y trataba de adiestrarlo para que hiciera las cosas que hacía por sí mismo un niño criado de forma normal. Pero no no sabemos a ciencia cierta si Clair aplicó algún programa sistemático de re-educación.

Bonnaterre sí que nos hace un esbozo del horario del chico. Tenía el sueño ligero, solía despertarse al amanecer y luego permanecía ocioso en su habitación, sentado en la cama con la cabeza tapada con una manta hasta que a las nueve llegaba la hora de desayunar. Entonces iba a la habitación de Clair, contigua a la suya, para comer patatas asadas, castañas o alubias con pan de centeno, que al parecer sí que aceptaba. Cuando hacía frío, se calentaba en cuclillas frente al fuego. Hasta más adelante no empezó a sentarse en sillas. Ya casi a mediodía volvía a su habitación y almorzaba a base de sopa, pan y a veces carne o patatas. Le costó cuatro meses cogerle gusto a la carne, «que comía cruda o cocinada; le era indiferente». Sus comidas favoritas eran los guisantes, las judías verdes y las nueces verdes. Solo bebía agua. Cuando se derramaba un poco de sopa en las manos, se las secaba no con un trapo, sino con ceniza que cogía de la chimenea. Cuando hacía buen tiempo, lo sacaban a pasear con correa a primera hora de la tarde. Después se quedaba en su habitación, acostado hasta que llegaba la hora de cenar, sobre las seis.

Cuando llega la hora de acostarse, nada lo puede detener. Coge un candelero, señala la llave de su habitación y monta en cólera si no lo obedecen.

Todos los días come aproximadamente un kilo de pan de centeno y la misma cantidad de verduras y patatas.

Su ropa de invierno consiste en una camisa, una chaqueta y una falda corta que le llega a las rodillas. Lleva todo el invierno sin calzado ni gorro.

Bonnaterre informa de que en aquellos meses el chico creció deprisa y solo cogió un resfriado persistente. «Tose a menudo y no espata nunca.» Muy poco a poco empezó a aprender a hacer sus necesidades ya no en cualquier parte (Bonnaterre dice que nunca mojaba ni ensuciaba la cama), sino fuera, en el patio.

Para Clair debió de ser como vivir con un mono. Pero Bonnaterre se asegura de describir ciertos tipos de conducta que podrían sugerir algo más que simple animalidad en el chico.

Su necesidad constante de comida multiplica sus conexiones con los objetos que lo rodean y aviva en él cierto grado de inteligencia. Durante su estancia en Rodez, su única ocupación consistía en desvainar alubias, y llevaba a cabo aquel trabajo con eficiencia de persona experimentada. Como sabía que las alubias formaban parte habitual de su menú, en cuanto veía un puñado de tallos de alubia secos se iba a buscar la olla. Montaba su lugar de trabajo en mitad de la sala, desplegando los distintos artículos de la forma más conveniente posible. Con la olla a su derecha y los tallos de alubias a la izquierda, se dedicaba a abrir una vaina tras otra con increíble destreza. Las que se encontraban en buen estado las echaba en la olla, rechazando las que tenían moho o se habían puesto negras. Si se le escapaba alguna, no le quitaba la vista de encima, la recogía y la ponía con las demás. A medida que vaciaba las vainas, las iba dejando a un lado, en un montón simétrico. Cuando terminaba, recogía la olla, la llenaba de agua y la

ponía en el fuego, que avivaba echándole las vainas secas. Si se apagaba el fuego, cogía la pala y se la daba a Clair, haciéndole señas para que fuera a buscar brasas por el vecindario. En cuanto empezaba a hervir la olla, manifestaba por señas su deseo de comer. Y no quedaba más remedio que echarle en el plato las alubias a medio cocer. Se las comía con ansia.

Hoy muchos psicólogos dirían que se puede adiestrar a un simio para hacer algo por el estilo. Bonnaterre, sin embargo, está indicando no solo que el chico había aprendido a desvainar alubias, sino también que lo hacía de una forma sistemática, meticulosa y en apariencia inteligente. Quizá el chico *comiera* como un animal, pero *trabajaba* como una criatura racional. ¿Acaso un niño que se ha criado en la naturaleza tiene un sentido innato del orden en estado latente capaz de manifestarse? Bonnaterre deja que los detalles del caso hablen por sí solos. Y hay varias parábolas más, igual de claras que esta.

Durante aquellos cinco meses, el chico se alojó en los edificios de la Escuela Central del pueblo de Rodez. Un día Bonnaterre decidió llevárselo a visitar a un amigo suyo de la campiña. La visita social no alteró para nada la conducta del chico. Solo mostró interés por la comida. Cuando hubo comido lo suficiente, se echó las sobras encima de la falda, salió al jardín y, «con esa previsión común a los animales a los que más adelante les puede faltar la comida», las enterró en el suelo. En casa, también había desarrollado gran habilidad y astucia a la hora de hurtar comida de la cocina.

Bonnaterre le enseñó un espejo para ver cómo reaccionaba; era una prueba habitual que se les ponía a los salvajes y los idiotas. En apariencia el chico vio a una persona, pero no se reconoció en ella. No se había formado ningun-

na imagen de sí mismo. Intentó traspasar el espejo con la mano para coger una patata que vio en él; pero la patata la estaba sosteniendo alguien detrás de su cabeza. Por fin, al cabo de unos cuantos intentos, y, sin volver la cabeza, estiró la mano por encima de su hombro y cogió la patata. Aparentaba tener una coordinación visomotora excelente.

Bonnaterre parecía escéptico de que el chico se hubiera pasado varios inviernos en las montañas sin ropa, fuego ni cobijo. Decidió probar un experimento.

Una noche, cuando el termómetro había bajado bastante de cero, lo desvestí por completo; pareció encantado de escapar de su ropa. Luego le hice creer que lo iba a llevar fuera. Lo conduje de la mano por los largos pasillos que daban a la puerta principal de la Escuela Central. En vez de mostrar la más ligera reticencia a salir, se dedicó a tirar de mí desde el otro lado de la puerta. De todo esto saqué la conclusión de que ambas cosas no son incompatibles. Puede ser indiferente al frío y al mismo tiempo regocijarse en calentarse junto al fuego, porque salta a la vista que los gatos y los perros tienen los mismos hábitos.

Unos meses antes, aquel mismo sacerdote y naturalista había acudido al Comisionado Central para ofrecerse a investigar a la criatura aparecida en su distrito. Ahora, pese a toda su formación y sus conocimientos, no sabía qué pensar de aquel chico que actuaba en gran medida como un animal, pero parecía un ser humano. Bonnaterre tenía que asumir otra posibilidad, que mucha gente debió de sugerirle desde un principio:

Todos esos pequeños detalles y otros muchos que podríamos añadir demuestran que este niño no está completa-

mente desprovisto de inteligencia, reflexión y poder de raciocinio. Sin embargo, nos vemos obligados a decir que, en todos los casos no relacionados con sus necesidades naturales o con la satisfacción de sus apetitos, solo se perciben en él conductas animales. Si posee sensaciones, estas no dan luz a ninguna idea. La impresión que produce es que no hay conexión entre su alma o su mente y su cuerpo, y que no puede reflexionar sobre nada. En consecuencia, no tiene discernimiento ni mente verdadera ni memoria.² Este estado de imbecilidad se le ve en los ojos, que nunca miran un solo objeto, y en los sonidos de su voz, que son inarticulados y discordantes. Se advierte incluso en su forma de andar, que es siempre un trote o un galope, y en sus actos, que carecen de propósito o de explicación.

Al cabo de varios meses de cuidados, el chico sigue siendo más animal que humano. Bonnaterre parece desanimado. Casi se ve obligado a creer que Sicard, ese educador milagroso de niños discapacitados, es el único que puede devolver al redil a la criatura. Movido por la sinceridad personal y el rigor científico, añade: «Siempre y cuando la imbecilidad que hemos descrito no obstruya su educación». Solo quedaba París.

La vida en estado salvaje

Las observaciones de Bonnaterre no tienen precio. Sin ellas, nos faltaría una parte vital de la historia. Si se hubiera quedado en Rodez, el niño habría sufrido un trauma

2. Estas frases describen la influyente filosofía o psicología dieciochesca del «sensacionalismo», en el que todo el contenido de la mente humana se concibe como una emanación directa de las sensaciones (véanse páginas 75-76).